

Don Quijote, y no quiso nombrar por moderacion ó por enojo en el principio de su fábula, en la cual se desquitó del mal hospedaje de los manchegos, haciendo inmortal su nombre y fijando para siempre su memoria en la de la posteridad.

38 Este fué el origen de la primera parte del *Quijote*, que se imprimió en Madrid el año de 1605, dirigida al duque de Béjar, cuya proteccion solicitó Cervantes en la dedicatoria que le hizo, y en aquellos discretos versos que puso al frente de esta obra en nombre de Urganda la Desconocida.

39 No fué la falta de medios la principal causa que le indujo á buscar tan ilustre Mecenas, sino el conocimiento que tenia del carácter de su obra y de la fortuna que debia correr en los principios. La leccion de los libros de caballeria era el único entretenimiento de la gente rústica ú ociosa, y el objeto de la censura de los hombres sabios y sensatos de la nacion. Omitiendo el testimonio de Alejo Venegas, Pedro Mejia, Luis Vives, y otros hombres igualmente doctos y juiciosos, basta para confirmar uno y otro la deposicion del erudito autor del *Diálogo de las lenguas*. Este sabio critico, que censuró con tanta severidad y entereza nuestros libros de caballeria, cuando la edad y estudio habian ilustrado y perfeccionado su razon, confiesa al mismo tiempo que malgastó en esta perniciosa lectura diez años, los mejores de su vida, en los cuales, por no haber tenido otro empleo que el de cortesano, los leyó casi todos con tan singular gusto y placer, que si por casualidad tomaba un libro de historia verdadera, le fastidiaba su leccion de modo que no era posible continuarla. El ejemplo y testimonio de tan autorizado escritor, manifiesta que las extravagancias caballerescas encantaban á los ociosos é ignorantes, y eran despreciadas de los sabios. En tales circunstancias, el *Quijote*, cuyo título anunciaba las aventuras de un caballero andante, debia ser desde luégo desestimado de las personas serias é instruidas, y poco apreciado del vulgo, que ni encontraria en él los portentosos y extraordinarios sucesos á que estaba acostumbrado en los demás libros de caballeria, ni podia penetrar y descubrir la delicada y fina sátira que contiene. Cervantes, conociendo el mérito de su obra, y la dificultad que le habia de costar darle á conocer, se valió del medio

de buscar un Mecenas sabio é ilustre, cuyo testimonio fuese la primer recomendacion de la obra, y estimulase á los demás á buscarla, leerla y celebrarla.

40 La tradicion ha conservado en el éxito de esta idea de Cervantes la solidez de sus conjeturas, la mala acogida que tuvo generalmente su obra á los principios, y los discretos medios que puso en práctica para acreditarla.

41 Efectivamente, el duque, sabido el objeto del *Quijote*, no quiso admitir este obsequio, pareciéndole que expondría su reputacion si permitia que se leyese su nombre al frente de una obra caballerescas. Cervantes no se empeñó en molestarle con súplicas ni razonamientos, que verosimilmente hubieran sido inútiles, al contrario, se conformó con la voluntad de este caballero, contentándose con que le prometiese oír aquella noche un capítulo del *Quijote*. Este ardid surtió el efecto que Cervantes habia previsto. La complacencia, el gusto y diversion que causó aquel capítulo en todo el auditorio, fué tal, que no pararon la leccion hasta concluir enteramente la obra, y el duque admirado de las singulares gracias que contiene, depuso su preocupacion, colmó de elogios á su ilustre autor, y admitió gustosísimo la dedicatoria que ántes desdeñaba. Manifiesta prueba del dominio que ejerce un espíritu sublime sobre las almas vulgares, y de lo expuesto que es juzgar de las obras por la apariencia, y sin haberlas leído con reflexion y conocimiento.

42 Bien lo experimentó Cervantes en esta ocasion. Ni la aceptacion que el *Quijote* mereció á su Mecenas, ni las públicas aclamaciones que le dieron á manos llenas cuantos asistieron á su leccion, pudieron suavizar la aspereza de un religioso que gobernaba la casa del duque. Este, sin hacer caso de la general aprobacion que daban á aquella excelente obra los que la habian visto, y sin quererla ver, ni examinar por sí, se empeñó en despreciarla, en injuriar y desacreditar al autor, y en reprender el agasajo y estimacion con que el duque le trataba. Dicese que Cervantes copió al natural los lances que le pasaron con este grave eclesiástico en la pintura del que acompañaba á los duques, que introduce en la segunda parte del *Quijote*; pero sea lo que fuere de esto, lo cierto es que Cervantes, el mayor pane-

girista de sus bienhechores, y el más agradecido de los hombres, no volvió jamás á hacer mencion de aquel Mecenas, claro indicio de que éste, ó vencido de la autoridad del religioso, ó por otro motivo, no le trató con la generosidad que correspondía á su grandeza y al mérito y necesidad de tan insigne escritor.

43 No es de admirar esta indiferencia, que debe reputarse más como defecto de la naturaleza humana que de aquel tiempo. Naturalmente celebramos con mayor gusto las cosas pasadas que las presentes. Un ingenio original, un talento sublime y grande no descubre la pequeñez del de los demás cuando se ve lejos, pero si está inmediato la hace patente y manifiesta. Los contemporáneos de Cervantes, que no solamente podían leer y celebrar sus escritos, sino también escucharle á él mismo, admirarle, amarle y socorrerle, le despreciaron y abandonaron entónces. Si viviesen ahora, buscarían con anhelo sus libros y sus retratos, y colmarían de elogios sus cenizas y su memoria.

44 Las que se han conservado en la tradición testifican que el Quijote fué recibido del público despues de impreso de la misma manera que de su Mecenas ántes de estamparse. Cuando esta obra salió á luz, hasta su título fué objeto de la burla y desprecio de los semidocos. La oscuridad en que vivía su autor tampoco excitó la curiosidad de los sabios, y así uno de los monumentos literarios más apreciables de nuestra nación fué mirado desde luego por ella con la mayor indiferencia. Su autor, conociendo que el Quijote era leído de los que no le entendían, y que no le leían los que podían entenderle, procuró excitar la atención de todos, publicando el *Buscapié*. En esta obrita, que se imprimió anónima, y es extremadamente rara, hizo una aparente y graciosa crítica del Quijote, insinuando que era una sátira fina y paliada de varias personas muy conocidas y principales; pero sin descubrir ni manifestar aún por los más leves indicios ninguna de ellas. Crítica discretísimamente manejada, con la cual dió tanto crédito y reputación al Quijote, y picó la curiosidad del público de modo, que todos le buscaban y leían á porfía, creyendo descubrir claramente en su lectura los objetos de la sátira que insinuaba el *Buscapié*.

45 Nada hace tan palpable el singular ingenio de Cervantes, el conocimiento que tenía del corazón humano, y la destreza con que sabía manejarle, como el haberse valido del medio de censurar su obra para acreditarla y darla á conocer. La sátira es el hechizo y encanto del vulgo, y no hay lazo alguno más seguro para prenderle; la del *Buscapié* contra Cervantes fué causa de que esta obrita fuese bien recibida y leída: su lección incitó á la del Quijote, y la de éste hizo conocer á todos su discreta é ingeniosa invención. Todos leyeron esta fábula con atención y cuidado; los enemigos del autor, para hallar motivos con que perderle, y los demás para satisfacer su curiosidad; pero el único fruto que unos y otros sacaron, fué no poder confirmar ni desmentir la crítica indicada en el *Buscapié*, y conocer al mismo tiempo todo el mérito del Quijote con una secreta envidia, ó con una admiración pública.

46 Aumentóse ésta á medida que se multiplicaron las ediciones de aquella fábula. Al fin los verdaderos jueces tuvieron lugar y proporción de leerla, y fueron dándole poco á poco la estimación de que era digna; mas cuando llegó á conocerse su mérito, entónces los sufragios, que había ganado tan lentamente, prorumpieron por todas partes y formaron un solo eco de la voz y del aplauso general de toda la Europa.

47 Por lo mismo los enemigos del buen gusto reunieron sus fuerzas contra Cervantes. Si la muchedumbre de impugnaciones, sátiras y persecuciones que padecieron la obra y el autor, no se hubiesen sumergido en el olvido, ó ahogado entre los elogios y apologías de los hombres sabios, que procuraron retirar estos desagradables objetos de los ojos de la posteridad, parecería ahora que el Quijote se había escrito en medio de una nación enemiga de las musas.

48 Cervantes hace memoria de algunas de dichas sátiras, y señaladamente de una que le dirigieron dentro de una carta estando él en Valladolid. Las circunstancias de este suceso manifiestan que vivía de asiento y tenía casa puesta en aquella ciudad, y la particularidad de ser la expresada sátira un soneto contra el Quijote, indica que se escribió inmediato á la publicación de aquella obra, y por consiguiente á tiempo que estaba allí la corte. Felipe III, juzgando conveniente

al bien público mudar su corte á Valladolid, lo efectuó por Enero del año de 1601, y permaneció hasta Febrero de 1606, que se restituyó á Madrid. Por entónces se publicó el Quijote, año de 1605. En el mismo año nació Felipe IV, y al tiempo de su nacimiento consta que Cervantes estaba en Valladolid. Sin duda confiado en el mérito de esta obra y estimulado de su necesidad, se estableció allí para solicitar por medio de sus protectores algun socorro ó empleo con que mantenerse.

49 Como jamas llegó á lograrlo, y ya estaba acostumbrado á la vida de Madrid, es verosímil volviese con la corte á esta villa para continuar sus pretensiones, fijar su residencia y estar más inmediato á Alcalá y Esquivias, donde tenia sus parientes. Lo cierto es que desde este tiempo hasta el de su muerte no se encuentra noticia ni memoria alguna por donde conste haberse establecido fuera de la corte. Todas las que han quedado contestan que residió y murió en Madrid; que se avencindó en la parroquia de San Sebastian, donde vivió primero en la calle de las Huertas, y despues en la del Leon; que su subsistencia la debió á la generosidad del conde de Lemos y del arzobispo de Toledo, y en fin, que su único empleo fueron las letras humanas.

50 Así era natural que sucediese. Los desengaños que tuvo este autor en sus peregrinaciones, debian determinarle al fin á elegir una vida estudiosa y sedentaria, tal como convenia á su situacion desgraciada, á su aplicacion y á su avanzada edad. Por esto es preciso considerarle en esta última época de su vida como á un sabio, cuyos hechos no constan de otros monumentos que de sus obras, y como á un ciudadano, cuyas principales acciones fueron la composicion y publicacion de estas mismas obras. Cervantes pobre, anciano y retirado no podia tener parte en aquellos sucesos que se representan en el teatro de la historia, y conservan en ella la memoria sus actores.

51 En el tiempo que sobrevivió á su establecimiento en Madrid y estuvo dedicado enteramente á las letras, las cultivó con el mismo calor y ardimiento que si fuera jóven, y las ilustró con la madurez y circunspeccion que correspondia á un anciano. Su imaginacion fecunda, viva y felicisima le empeñó en la composicion de muchas obras,

pero su juicio y buen gusto no le permitieron dar á luz sino aquellas que pudo concluir y perfeccionar ántes de su muerte. Prefirió á la utilidad de publicar todas sus obras, la gloria de estampar sólo las que juzgó dignas de la posteridad; gloria propia de la flaqueza humana, pero disculpable en su edad, y peculiar de los hombres grandes. Por lo comun éstos ponen mayor esfuerzo y conato en aumentar su fama á medida que se consideran más cercanos á la muerte. El mismo presentimiento de ella les incita á buscar una especie de inmortalidad en sus acciones ó en sus escritos.

52 Con este fin quiso nuestro autor privarse por un cierto tiempo del aplauso que podia adquirir con nuevas obras. Cultivó por espacio de seis años dentro de las paredes domésticas su ingenio, para sacarle despues al público colmado de frutos. Los primeros fueron las doce novelas impresas en Madrid el año de 1613. Cervantes, que conocia su mérito y novedad, las ofreció al público con un discretísimo prólogo, en que se hace justicia á sí mismo, y las dirigió al conde de Lemos don Pedro Fernandez de Castro, por medio de una carta, que puede servir de modelo para elogiar con discrecion y ser agradecido sin baja.

53 Muchos motivos tenia Cervantes de serlo; pues la estimacion que hicieron de él este ilustre caballero y el cardenal arzobispo de Toledo, no procedió de ningun servicio ni obsequio que les hubiese hecho, sino únicamente de la pasion que ambos tenian á las letras y á los literatos, y de su buen gusto y discernimiento. Conocieron el sobresaliente ingenio de este autor, sus persecuciones y pobreza, y se dedicaron voluntariamente á favorecerle, ampararle y socorrerle. Otros Mecénas lo han sido por amistad, por gratitud ó por otros respetos; el cardenal de Toledo y el conde de Lemos lo fueron por pura generosidad.

54 El mismo Cervantes lo publicó cuando sus émulos y envidiosos intentaron deslucir su ingenio y menoscabar sus intereses con la edicion del *Quijote* de Avellaneda. La segura confianza que tenia en sus dos bienhechores fué el único escudo que opuso á sus enemigos. «Viva, les dijo, el gran conde de Lemos, cuya liberalidad y cristianidad bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me

»tiene en pié; y vivame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo  
 »don Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya imprentas  
 »en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tie-  
 »nen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes, sin  
 »que los solicite adulacion mia ni otro género de aplauso, por sola  
 »su bondad han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecer-  
 »me, en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna  
 »por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre.» Respuesta  
 digna de Cervantes, con la que acreditó la generosidad de sus patro-  
 nos, igualmente que su propio agradecimiento, haciéndoles partíci-  
 pes de la inmortalidad de su nombre y de sus escritos.

55 En ellos vivirán el cardenal de Toledo y el conde de Lémos, miéntras dure en los hombres la racionalidad y el amor á las letras humanas. Es y será siempre grata y agradable la memoria de unos héroes, que emplearon su poder y autoridad en proteger al mayor ingenio de su siglo. La fama de los próceres que no conocieron ó desdeñaron á Cervantes, está ya borrada con el olvido, y ha perecido enteramente con la sucesion del tiempo; la de sus bienhechores encomendada por él á la posteridad será eterna.

56 No parece fuera de propósito, puesto que se ha hecho mencion de ellos, dar al público una idea de su carácter, como un modelo digno de ser imitado. Se iba perdiendo entónces en España la buena educacion y amor á las letras, que habia producido tantos hombres grandes en el siglo anterior. La nobleza, entregada á la ociosidad, mantenía muchos búfones y aduladores, y buscaba excelentes maestros para sus halcones, no cuidando de elegirlos buenos para sus hijos, los cuales salian al teatro del mundo con aquellas mismas inclinaciones que habian observado en sus padres. Pero en medio de esta negligencia y abuso se conservaban aún algunos preciosos restos de la sábia y varonil crianza de los tiempos anteriores. De éstos eran el cardenal de Toledo y el conde de Lémos. Su edad, su jerarquia, su pasion por la literatura eran casi las mismas: igual su magnanimidad y tambien su fama, aunque diferentemente adquirida. El primero fué discípulo del doctísimo cordobés Ambrosio de Morales, padre de nuestra Historia, cuya casa estuvo dedicada á la educacion de

la nobleza española, y era escuela de virtud y de buenas letras. El segundo se crió en el seno de su propia familia, en la cual era hereditario el valor, nativa la generosidad y característico el ingenio y buen gusto. El uno fué respetado por su retiro é integridad; el otro aplaudido por su popularidad y mansedumbre. El cardenal miraba las letras humanas con aficion; el conde de Lémos con empeño. Este convidaba á todos los ingenios con su benevolencia; en aquél la hallaban los que eran necesitados y virtuosos, y la facilidad del uno era alabada, igualmente que la circunspeccion del otro. En fin, el conde de Lémos no conocia limites, ni excepciones en su magnificencia y amor á las letras. A un mismo tiempo tenia consigo á los Argenso-  
 las, fomentaba á Villegas y socorria á Cervantes, gloriábase de ser su Mecénas, y celebraba verse elogiado como tal en sus escritos. La aficion del cardenal á las bellas artes era más reservada, y su liberalidad modesta. Honró con un magnífico sepulcro la memoria de su maestro; mas no consintió que le pusiesen durante su vida. Protegió y sustentó á Cervantes; pero sin admitir de él ningun coloquio, ni reconocimiento público. Quiso mejor ser Mecénas que parecerlo, y por lo mismo logró tanto más esta gloria, cuanto ménos la solicitaba.

57 La publicacion de las novelas acabó de estrechar el lazo que unia á nuestro autor con estos esclarecidos protectores. La *Galatea* es ingeniosa, pero enteramente amatoria, y el *Quijote* burlador, aunque ingeniosísimo. En las novelas está más templado el amor y más suavizada la correccion. Sus argumentos son tomados de los sucesos que habia oido ó visto en el discurso de su vida, tanto en España como en Italia, y su narracion manifiesta que ántes de publicarlos los perfeccionó con la experiencia é ilustracion que habia adquirido en sus viajes.

58 Los viajeros juiciosos y reflexivos se aventajan por lo comun á los que nunca han salido de su patria; semejantes á los rios, que crecen á medida que se alejan de su nacimiento, ó como aquellos manantiales que filtran por venas preciosas, donde adquieren singulares virtudes. El trato con los hombres sabios de Italia hizo conocer á Cervantes muchos de los abusos y preocupaciones de la educacion vulgar; pero como su objeto era ilustrarse y aprender, examinando